

MARINCOLA, John, *Authority and tradition in ancient historiography*, Cambridge, University Press, 1997, XVI + 361 págs.

Hasta hace poco, la historiografía de la antigüedad clásica era tratada autor por autor; se exponía lo que se sabía sobre la vida de cada uno de ellos y se analizaba su obra por separado.¹ Generalmente se juzgaban las obras históricas sólo como fuentes y se consideraba que su calidad dependía de la relación de su autor con los sucesos históricos y, en consecuencia, mientras Tucídides era estimado por narrar hechos de una guerra en los que él mismo había participado, Diodoro, que escribió una *Biblioteca histórica* que abarcaba desde los tiempos mitológicos hasta sus propios días, es decir, los tiempos de César, era despreciado por libresco y, paradójicamente, tomado como un transmisor fidelísimo de los datos de sus fuentes.²

Últimamente, a esta tradición, que aún florece, se ha venido a agregar una visión que parte del hecho de que en la antigüedad la historia no era considerada una ciencia, sino un género literario y, por lo tanto, ha emprendido el análisis de su retórica.

Aun se pueden detectar antecedentes de este punto de vista en las obras de Momigliano y de Canfora, quien definió esta nueva posi-

¹ Tal es el caso del libro muy conocido de la *Historia de la historia en el mundo antiguo* de James T. Shotwell (México, Fondo de Cultura Económica, 1982 [reimpresión]) y de las obras más recientes de Klaus Meister, *Die griechische Geschichtsschreibung* (Stuttgart, Kolhammer, 1990), y Otto Lendle, *Einführung in die griechische Geschichtsschreibung. Von Hekataios bis Zosimos* (Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1992).

² Hay que hacer notar que tal actitud mostraba la complacencia de sí que colmaba a estos estudiosos; baste recordar que el mayor impulsor de la concepción de Diodoro como mero recopilador de obras ajenas —Eduard Schwartz— era tan libresco como el autor de la *Biblioteca*.

ción fue Charles W. Fornara con su libro *La naturaleza de la historia en la Grecia y Roma antiguas*, aparecido en 1983.³ En esta obra, Fornara analiza temáticamente el conjunto de la historiografía antigua y muestra cómo en esa época se distinguía la historia en cuanto los sucesos pasados (τὰ γεγονότα, *res gestae*) de su investigación y exposición (ἱστορία, *historia rerum gestarum*).

Esta visión ha sido desarrollada, entre otros, por A. J. Woodman, quien mostró los recursos retóricos de cuatro historiadores romanos y los de Tucídides, y demostró que la selección de los datos y su presentación estaban determinadas por las reglas del discurso de un género literario.⁴

John Marincola es discípulo de Fornara y en el libro objeto de esta reseña explora otro tema relacionado con la retórica, es decir, la autoridad literaria, que el autor define como:

los recursos retóricos mediante los cuales el historiador antiguo reivindica para sí la competencia en narrar y explicar el pasado y, a la vez, construye un personaje que la gente encontrará convincente y digno de confianza (p. 1).

Por el título mismo, Marincola relaciona la autoridad con una característica muy marcada de la cultura greco-romana: su tradicionalismo, el cual, en el terreno literario, se manifestaba como una tendencia a erigir en modelo a un escritor (como Homero) y tratar de emularlo y superarlo.

En el desarrollo de su libro, el autor divide el tema en una introducción, cinco capítulos y una conclusión.

En la introducción (pp. 1-33) se define el tema y se trata el importante asunto de la relación entre la historia y su público desde el punto de vista de los propios historiadores. Ahí Marincola explica (p. 19) que el historiador era un literato más que podía cultivar tanto el género de la historia como otros.

A continuación, afirma que, mientras no se puede encontrar un fin práctico en las *Historias* de Heródoto,

³ *The nature of history in ancient Greece and Rome*, Berkeley, University of California Press, 1983.

⁴ *Rhetoric in classical historiography. Four studies*, London, Croom Helm, 1988.

lo que se aprende en Tucídides tiene mucho significado en el marco de la polis griega, que suponía la participación de la mayoría de sus ciudadanos (p. 21).

Parece, sin embargo que, si se toma en cuenta la atractiva propuesta de Cobet⁵ de que Heródoto escribió su obra a principios de la guerra del Peloponeso y de que, al aspirar

a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos como de los bárbaros (I.1),⁶

y tomar como objeto de ese recuerdo precisamente las guerras médicas, resaltaba el papel primordial de Atenas en la unificación y la victoria de los griegos y explicaba e, implícitamente, justificaba la fundación de la llamada Liga de Delos, que en aquellos tiempos se enfrentaba en guerra contra Esparta y sus aliados. Si esas eran las circunstancias, el público más inmediato de Heródoto, es decir, los atenienses, no podía menos que encontrar aliento e inspiración en una obra como las *Historias*. Es cierto que Marincola se concentra sólo en las expresiones de los autores, pero parece que tomar en cuenta la situación histórica respectiva es necesario y hasta inevitable puesto que el autor mismo lo hace.

En efecto, Marincola señala que, mientras que para Tucídides los personajes principales fueron Atenas y Esparta, en el siglo IV empiezan a destacar los gobernantes, y hace la siguiente observación interesante:

La pérdida de la autonomía política tal vez se reflejó en la pérdida de la autonomía personal, como se ve en la creciente importancia para los historiadores de la fortuna (τύχη) como una fuerza inescapable, a veces irresistible, que incide en la historia (pp. 22-23).

Este fenómeno da como resultado que la historia vaya adquiriendo un carácter moralista que empieza a notarse ya en Jenofonte, está presente en Diodoro y que, con el establecimiento del Imperio Romano se

⁵ Justus Cobet, "Philologische Stringenz und die Evidenz für Herodots Publikationsdatum", *Athenaeum*, LXV, 1987, pp. 508-511.

⁶ En traducción de Bartolomé Pou.

vuelve fundamental. Esta evolución es muy interesante y puede notarse también en el teatro y la filosofía.

El primer capítulo está consagrado a "El llamado a la historia" (pp. 34-62). Ahí se ve cómo los historiadores explicaban su vocación aduciendo "la grandeza del tema" (pp. 34-43) o contaban cómo habían llegado a la decisión de escribir su obra (pp. 43-52). Marincola observa también que, aunque Nicolás de Damasco y Flavio Josefo alegan haber sido animados a escribir por algún conocido, generalmente los historiadores diferían de esta práctica y evitaban dedicar sus historias (pp. 52-57). Finalmente, se señala que, aunque los historiadores hablan de otros que buscan la fama, ellos mismos niegan estar en el caso (pp. 57-60).

El segundo capítulo versa sobre "la investigación del historiador" y abarca sesenta y cuatro páginas (pp. 63-127).

Al respecto, Marincola señala que los historiadores de hechos contemporáneos (es decir, la mayoría) pensaban que el mejor medio para inquirir algo acerca de la historia era la *autopsía*, es decir, haber presenciado los hechos objeto de su obra. Naturalmente, ningún historiador, por importante que haya sido (como, por ejemplo, Julio César) pudo participar en todos los sucesos, por lo que tenía que recurrir al testimonio de otras personas y, en consecuencia, practicaban lo que se ha dado en llamar la "historia oral".⁷

La situación se complicó en el Imperio Romano, que Marincola, muy matizadamente, caracteriza como "no completamente libre" (p. 89). Relacionado con esto, es interesante la descripción de los métodos de Tácito, sin duda el mejor historiador romano del imperio. Nuestro autor afirma que Tácito recurrió a tres procedimientos (p. 93):

el reconocimiento y el comentario sobre la complejidad de desentrañar las distintas hebras en la tradición; el uso de explicaciones alternativas y la sugerencia de una verdad debajo de lo que es visible en apariencia.

Aunque prácticamente no hay entre nosotros historiadores de los hechos contemporáneos, estos medios deben ser interesantes por lo menos en un país como el nuestro, "no completamente libre".

⁷ Esta observación es propia y la había hecho en *Dos aproximaciones a la historiografía de la antigüedad clásica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, pp. 43-44.

Al disertar sobre los historiadores que se ocupaban de periodos remotos, Marincola observa que ellos seguían una tradición y, a pesar de que trataban de descubrir novedades, seguían la versión que les parecía la más fiel. Esto no implica, sin embargo, que se puedan leer las fuentes desaparecidas en autores que recurrieron a su lectura pues, como dice Marincola, estos historiadores solían estudiar las obras de sus predecesores y las comparaban entre ellas. De hecho, la investigación de fuentes (*Quellenforschung*) tiende a atribuir la fuente de estas historias a obras desaparecidas –como Jerónimo de Cardia para los libros XVIII-XX de Diodoro–,⁸ mientras que es más interesante y fructífero investigar la génesis y el desarrollo de esta tradición histórica.

En todo caso, los historiadores del pasado remoto eran los menos por el escepticismo greco-romano con respecto a la palabra escrita, actitud contraria a la nuestra y, en consecuencia, Marincola enumera las justificaciones a las que estos autores recurrían para la realización de sus obras. Ellas eran (pp. 112-116):

- que el asunto no había sido tratado con anterioridad
- que los trabajos precedentes eran incompletos o parciales y
- que la propia obra era más precisa.

En cambio, no se limitaban a justificar su obra aduciendo simplemente que su estilo era mejor.

En cuanto al tratamiento de los mitos, es muy interesante la observación de que, a pesar de lo inapropiado de incluirlos, generalmente se incurría en ello. Los casos más notorios son la “arqueología” de Tucídides (I.2-21) y los primeros cuatro libros de la *Biblioteca* de Diodoro, en donde se presenta una interpretación racional de ellos.

El capítulo III está consagrado a “El carácter del historiador” (pp. 128-174) y es tal vez el más importante del libro. En él, se muestra que Aristóteles sostenía que el discurso conformaba el carácter del historiador pero, desde que Polibio argumentó su experiencia de estadista y

⁸ Véase el libro de Jane Hornblower, *Hieronymus of Cardia*, Oxford, Clarendon Press, 1981. Nótese que en los libros en cuestión, Diodoro menciona a Jerónimo y dice que escribió historias, pero sólo aparece como personaje del relato y su obra no es citada como fuente.

militar para fundamentar su carácter, la experiencia pasó a primer plano. Por su parte, los historiadores romanos resaltaron su posición social.

En el capítulo intitulado "Los hechos de los historiadores" (pp. 175-216), Marincola se ocupa de la presentación que los historiadores hacían de su propia persona, lo que probablemente se puede sintetizar con la siguiente cita:

Aparte de un pasaje singular de Polibio [XXXVI.12], ningún historiador comenta los aspectos formales de su propia presentación en su obra. Hay sin embargo unos pocos comentarios en escritores griegos y romanos acerca de los peligros inherentes al hablar de uno mismo (periautología), particularmente en cuanto a la alabanza de sí mismo. Las pruebas no son completas ni siempre consistentes, y la actitud hacia la alabanza propia parece haber cambiado un poco en el tiempo (pp. 175-176).

Para terminar, Marincola se ocupa de la polémica. Los historiadores griegos se diferenciaban en esto de los romanos pues, mientras que muchos de los primeros polemizaban para definirse, ello no era común entre los romanos. De todos modos, aunque un autor polemizara de todos modos emulaba modelos (pp. 217-257).

La obra de Marincola es sin duda convincente, señala características esenciales de la historiografía antigua y con toda seguridad estimulará el desarrollo de nuevas investigaciones sobre la historiografía greco-romana en su conjunto y considerada como género literario.

Ricardo MARTÍNEZ LACY